

HISTORIOGRAFÍA Y SISTEMA: FUNCIÓN, AUTORREFLEXIÓN Y TEMPORALIDAD

Historiography and system: function, self-reflection and temporality

Fernando Betancourt Martínez

ORCID: 0000-0001-8298-2703

Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN: El artículo busca precisar los elementos que permiten pensar en la actualidad la función que cumple la historiografía. Este objetivo está enfocado desde la cualidad operativa del saber histórico, que permite “construir observaciones y observar esas observaciones”. El valor reflexivo se entiende como ejercicio de historización de su capacidad como productora de conocimientos. Esta tesis busca ser acreditada al analizar el nivel, propiamente operativo, de la historiografía, así como su forma característica de observar observaciones. Como corolario, se articula una forma diferente de abordar el problema del tiempo, es decir, como fenómeno interno a ese orden operativo.

PALABRAS CLAVE: Historiografía, funcionalismo, teoría de la historia, teoría de sistemas, epistemología, observación.

ABSTRACT: The article seeks to specify the elements that allow us to think about the role of historiography. This objective is focused from the operational quality of historical knowledge that allows us to construct observations and observe those observations. Reflective value is understood as an exercise the historization of its capacity as producer of knowledge. This thesis seeks to be accredited from analyzing the properly operational level of historiography, as well as its characteristic way of observing observations. As a corollary, a different way of addressing the problem of time is articulated, that is, as an internal phenomenon to that operational order.

KEYWORDS: Historiography, functionalism, history theory, systems theory, epistemology, observation.

Fecha de recepción:
27 de agosto de 2019

Fecha de aceptación:
22 de noviembre de 2019

Mexicano, doctor en Historia por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Investigador titular en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Imparte clases en la Universidad Iberoamericana, en la ENAH y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Sus investigaciones se centran en teoría de la historia y en epistemología. Su libro más reciente lleva por título *Cognición y sistema. Una propuesta de epistemología desde la teoría de sistemas*, publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad Iberoamericana.

Contacto: bmfi@unam.mx

INTRODUCCIÓN

El objetivo general del presente artículo consiste en un ejercicio de descripción de la historiografía como régimen operativo de carácter sistémico. El marco de referencia general para una labor como esta no es otro que la teoría de sistemas propuesta por Niklas Luhmann en tanto enfoque sociológico.¹ Esta perspectiva retoma la noción de *operación historiográfica*, misma que supone romper con las modalidades por las cuales se ha diferenciado a la investigación de hechos como el nivel empírico de la historia, mientras el análisis historiográfico debía circunscribirse a un estudio histórico de las interpretaciones ofrecidas por los historiadores.

Por el contrario, la noción de historiografía es tomada aquí como equivalente al término de ciencia histórica, de conocimiento histórico o de la historia sin más. A partir de la anterior, se busca proponer, desde el enfoque sistémico, otra manera que sirva de guía a la descripción mencionada: un nivel historiográfico que se especializa en construir metódicamente una observación característica de primer orden, mientras el nivel amplio de la historiografía tendría como función observar sistemáticamente las observaciones producidas. Todo ello supone cambiar los términos de la interrogación que hasta el momento se ha planteado respecto a la propia historiografía: del qué al cómo de una operación. Interrogar por el *cómo* de la operación historiográfica es preguntar por el orden práctico que gobierna la producción de conocimientos historiográficos.

La cualidad pragmática que está implicada en este enfoque es innegable y señala una deuda para con el trabajo señero de Michel de Certeau.² El cuestionarse respecto a una práctica y a un ejercicio específico expresa un cambio notable de perspectiva: de los productos metódicamente generados se pasa a la necesidad de interrogarse por las modalidades de una elaboración condicionada. No deja de llamar la atención la coincidencia que se puede plantear con los trabajos desarrollados en el terreno de la historia de la ciencia de Thomas S. Kuhn, lo que indica que el énfasis, en cuanto a un régimen práctico que ordena el trabajo cognitivo, es sintomático respecto a un horizonte de pensamiento menos estrecho de lo que podría pensarse.³ Lo que conduce a interrogarse por las implicaciones de este cambio abrupto de perspectiva, cuestión que es una de las líneas centrales del presente escrito.

En el sentido de la interrogación propuesta habría que destacar que de Certeau es aún más incisivo al extender la noción de operación al propio plano teórico que pareciera regir sin duda alguna —hasta no hace mu-

¹ En este trabajo se recupera, de la cibernética de segundo orden, las elaboraciones sobre el papel del observador y las implicaciones epistemológicas en tanto perspectiva constructivista. Ambos aspectos interrelacionados tienen un papel importante en el edificio teórico de Luhmann.

² Certeau, *Escritura*, 1993, pp. 67-68.

³ La propia noción de paradigma, incluso con las precisiones a las que se vio obligado Kuhn, introducir después de su estudio sobre las revoluciones científicas, exige una orientación hacia la práctica de investigación como lógica central del quehacer científico. Véase al respecto: Kuhn, *Tensión*, en particular el apartado “Algo más sobre los paradigmas”, 1982, pp. 317-343.

cho tiempo— el qué de un proceder en el campo de la investigación histórica. “Pero solo se puede recibir la teoría que trae consigo una práctica, a saber: la teoría que, por una parte, da apertura a la práctica en el espacio de una sociedad, y por otra, organiza los procedimientos propios de una disciplina”.⁴ Si ya la propia teoría no puede más esconder esa dimensión implicada en su propio desarrollo, entonces se puede entender por qué el concepto de operación juega un papel crucial al punto de colocar el trabajo teórico bajo el tamiz de una función primordial para el haz de procedimientos característicos del conocimiento científico. Si el interés no solo se ciñe al campo de la lógica de investigación histórica puesto que es aplicable a la reflexión sobre ese conjunto práctico —y de nueva cuenta la enseñanza proviene de Michel de Certeau— entonces, también es necesario observar a la historiografía como un típico conjunto operativo.

La formulación anterior debe estar acompañada de una precisión necesaria: las distinciones entre investigación histórica e historiografía han perdido validez como descripción cognitiva. En efecto, no resulta ya pertinente diferenciar entre una esfera que alcanza la objetivación de fenómenos pasados y un ejercicio secundario y condicionado por su falta de exactitud enunciativa. Este último ejercicio vendría a llenar de contenido una práctica auxiliar a los verdaderos procesos de objetivación de realidades temporalizadas, midiendo así el valor de sus prestaciones. La transformación aludida considera, en cambio, que la investigación histórica es con todo derecho historiografía al nivel de la operación misma —cuestión que exige también precisarse—, mientras que lo que habitualmente llamamos historiografía se refiere a la necesaria función de autorreflexividad sobre el conjunto operativo llevado a cabo.

En el primer caso, se trata de una historiografía en sentido restringido, mientras que en el segundo la amplitud de la expresión se explica porque opera al nivel de las observaciones recurrentes de observaciones.⁵ Esto es, la observación de observaciones,

se ejecuta cuando las operaciones se convierten en el objeto mismo de la reflexión de la propia operación disciplinaria, bajo el criterio de que tanto en el campo operativo como en las modalidades de observación de operaciones se presentan los mismos elementos estructurales.

Esta consideración debe asumirse como prescriptiva puesto que se atiene al hecho de que la misma distinción basal, que permite la operación de investigación histórica (historiografía en sentido restringido), es constantemente reintroducida como forma reflexiva (historiografía en sentido amplio) aunque extendiendo sus atribuciones. Se trata de la distinción entre *pasado/futuro*, que constituye la forma misma de la temporalidad,⁶ permitiendo tanto plantear problemas de investigación como precisar los mecanismos de tratamiento pertinentes. Precisamente por todo lo anterior es que la operación historiográfica no puede quedarse solo al nivel de la ejecución operativa. La misma distinción orienta también las prestaciones reflexivas que la historiografía está en condiciones de aportar como autoobservación cognitiva, de ahí su condición de amplitud general. De este argumento se sigue otra consecuencia notable y que es, finalmente, la tesis central de este trabajo que busca ser desarrollada.

Si se trata de la misma distinción, tanto en un caso como en el otro, el valor reflexivo se entiende como introducción constante de contingencia en toda observación historiográfica; en este caso, no solo la que permite describir los estados pasados del sistema social sino, además, como problemati-

que alcanza a su marco de referencia general, esto es, a la postura ontológica de la epistemología clásica que se dirime entre ser/no ser. El problema ya no es observar cosas o estados reales, sean del sistema o de otras entidades estructuradas, sino observar la propia operación de observación, es decir, buscar observar sistemáticamente lo no observable en la operación y de ahí sacar como consecuencia valores cognitivos estables. Luhmann, “¿Cómo?”, 1995, pp. 62-65.

⁶ Si bien la semántica temporal también ha sufrido una transformación radical, esta no se deja entender en toda su amplitud atendiendo a la cuestión de sus modalidades experienciales, como en Koselleck. Más bien, se requiere sacar consecuencias del hecho de que la comprensión vetero europea del tiempo —basada en la distinción variable/invariable, *tempus/aeternitas*— deja su lugar a la distinción pasado/futuro que resulta adecuada para una sociedad funcionalmente diferenciada y con altos índices de complejidad. Luhmann, *Sociedad*, 2007, pp. 850-851.

⁴ Certeau, *Escritura*, 1993, p. 68.

⁵ El cambio mencionado arriba incluye, de manera decisiva, dejar de lado el supuesto de que el conocimiento es un proceso tipificado a partir de un sujeto que observa objetos o fenómenos, lo

zación de los productos de la investigación misma. La historiografía, es decir, la historia como disciplina, no puede reproducir sus condiciones operativas sin esta autorreflexividad, sin historizarse a sí misma como productora de conocimientos específicos.

Dicha tesis busca ser acreditada a partir de analizar el nivel propiamente operativo de la historiografía, así como su forma característica de observar observaciones recurrentemente. Esta última cualidad puede ser enfocada como un procedimiento por el cual se hacen evidentes los límites del propio conocimiento histórico —límites temporales, en cuanto a sus procesos cognitivos— de la misma manera que la investigación historiográfica establece márgenes precisos a sus propios objetos de estudio, ya sean ideas, conocimientos, fenómenos sociales o culturales de todo tipo. En la parte final se articula esta tesis y la perspectiva ensayada a la problemática moderna del tiempo. A diferencia de la consideración por la cual el tiempo es un fenómeno externo a la historiografía, aquí se pondera su condición interna en cuanto al orden operativo que esta delimita.

EL ENFOQUE FUNCIONAL: IMPLICACIONES Y DESARROLLOS

Si en este estudio se trata de precisar cuál es la función de la historiografía en sentido amplio, se requiere aclarar qué es preciso entender por dicho concepto. Más aún cuando estamos ya lejos de la discusión precedente y que se centró en las capacidades de objetivación del pasado en cuanto tal. El reduccionismo va al paralelo de esa aspiración de ontologizar los fenómenos sociales, desarticulando la evidente carga relacional de estos fenómenos al capturar solo los elementos aislables (sujetos, hechos, agentes, instituciones, etcétera), y al describir sus propiedades extrapolándolas como efectos globales de una realidad estructurada previamente.

Es dable entender que en el campo de la sociología fueron los estudios funcionalistas clásicos que apelaban al concepto de estructura un ejemplo de este proceder. Así, el efecto reduccionista —reducción de complejidad— era incapaz de impulsar el subsecuente aumento de complejidad en el análisis, pues no podía superar el aislamiento metódicamente

alcanzado de los elementos singulares identificados como unidades básicas de las estructuras sociales, políticas económicas o culturales.

Situación no superable por el mecanismo de la adición simple, como forma acumulativa de propiedades de dichos elementos; ya la propia investigación empírica demostró que la estructura no puede ser descrita como la suma de los elementos que la componen. De ahí la necesidad de distanciarse de este proceder que atendía a “los nexos estructurales normativamente garantizados”, como en los estudios de Talcott Parsons.⁷ Por tanto, es necesario reintroducir el concepto de función resaltando su sentido relacional que, a diferencia del funcionalismo clásico, pone el acento en el haz de relaciones entre elementos discretos, haciendo posible describir las condiciones de existencia, unicidad y equivalencia a partir de variables dependientes en un marco global. Por ejemplo, la informática aplica el concepto para definir, por medio de algoritmos, los controles necesarios para ejecutar operaciones planificadas previamente. Esto incluye modalidades de enlaces entre operaciones, la identificación previa de fines o logros, así como la definición de los ciclos operativos en su conjunto.

En tal caso, los enlaces operativos expresan programaciones preestablecidas y orientadas, ya sea en forma secuencial o ciclos susceptibles de iteración, por lo que resulta adecuado aplicar el concepto de función a la capacidad de enlazar y estabilizar operaciones, enfatizando que no está fuera de sus posibilidades singularizar elementos o datos desde un marco de posibilidades amplio —lo que introduce a la contingencia como valor en cuanto a los elementos discretos— pero también capacita para confrontar todo ello con otros datos o elementos singularizados.

El logro del enfoque funcional está en mostrar ese conjunto en un amplio abanico de alternativas

⁷ “Desde esta perspectiva teórico-técnica, la garantía de estructura normativa es introducida como la ‘segunda mejor’ forma teórica, es decir, también es puesta a disposición para la redisolución. En este sentido, Parsons hablaba de funcionalismo de estructura. Debemos contentarnos con ello debido a la complejidad de la realidad que obliga al teórico a empezar con reducciones y le impone referirse a las reducciones (normativas) que encuentra en la realidad.” Luhmann, *Sistemas*, 1991, p. 237, n. 37.

y en conectar ambos niveles (identificación y confrontación) como resultado de un observador.⁸ Lo que permite clarificar la diferencia entre el enfoque funcionalista tradicional y el que puede reivindicarse desde el marco de la teoría de sistemas actual. En tanto la cuestión que hace surgir problemas con relación a la noción de función y de equivalencia funcional consiste en la capacidad que presenta un sistema para la reproducción continua de sus operaciones, se hace necesario aclarar cómo es posible dicha capacidad.

De ahí que la noción derivada de *especificación funcional* hace hincapié en una diversidad de modalidades de diferenciación que alienta formas operativas —se entiende que específicas—, a partir de las cuales se presenta capacidad sistémica para consolidar estructuras, que no son otra cosa que conjuntos condensados de operaciones. Esto mismo es lo que resulta aplicable a la propia cognición científica, puesto que opera sistemáticamente por medio de estructuras que alcanzan modalidades de especificación funcional o, para decirlo con otras palabras, por medio de “la diferenciación de un sistema funcional para la obtención de conocimientos susceptibles de legitimarse en su función misma”.⁹ Siguiendo el argumento anterior, es necesario precisar que en este escrito se entiende por operación a las formas comunicativas enlazadas que se presentan de manera determinante en los dos niveles historiográficos delimitados funcionalmente.

Se debe precisar que los juicios emitidos por los historiadores, sus interpretaciones, los discursos que generan y los conocimientos referidos a eventos pasados, no constituyen modalidades de orden mental ni pueden ser considerados como representaciones de una conciencia racional. Se trata de enunciados y conjuntos de enunciados escritos, lo que vendría a ser el *medio* que permite delimitar la *forma* de operaciones comunicativas especializadas y condicionadas por criterios establecidos previamente. Si bien estas comunicaciones historiográficas exhiben pretensiones de validez y en tanto se trata de una empresa característicamente social, termina por compartir el mismo tipo de operación ba-

sal que el sistema que la determina.¹⁰ La expresión *ciencia de la sociedad* conjuga esta situación de compartición operativa, lo que coloca al conjunto de procedimientos científicos al nivel de operaciones que no están limitadas al ámbito de una conciencia.¹¹ De ahí que la especificación funcional permita definir posibilidades de diferenciación por las cuales la ciencia puede ser considerada un subsistema específico al interior del sistema social global.

Por otra parte, las estructuras ya aludidas son en realidad conjuntos de comunicaciones condensadas y conservadas por el sistema, por lo que se revelan necesarias dado que orientan las selecciones llevadas a cabo, dando pie al enlace continuo de operaciones y a su reproducción recursiva. Lo que sostiene la pertinencia de la anterior consideración general es el hecho de que un sistema que opera en el medio sentido —esto es, donde las estructuras ensambladas son precisamente tales porque son dimensiones de sentido— está en condiciones de reproducirse solo porque puede enlazar una comunicación específica con otra comunicación ulterior, lo que finalmente conduce a enfocar esta cualidad recursiva bajo la noción de *autopoiesis*. Este concepto afirma que la reproducción de operaciones de un sistema se da gracias solo a las propias operaciones internas precedentes y no a la recuperación de operaciones que tienen lugar en el entorno.¹² Todas las precisiones anteriores dan pertinencia a la sustitución a un enfoque que pone el acento en el régimen operativo.

Ahora bien, el enfoque interaccionista ha consolidado un concepto que está en directa oposición

¹⁰ Mendiola, “Giro”, 2000, p. 189.

¹¹ “Con el título de La ciencia de la sociedad queremos indicar que la ciencia no será tratada aquí como un observador que oscila libremente sobre el mundo, sino como una empresa de la sociedad que produce conocimiento”. Luhmann, *Ciencia*, 1996, p. 9.

¹² “Con la ayuda de la teoría de sistemas autopoieticos, antes que nada se puede explicar cómodamente el hecho de que en los sistemas exista un margen para desarrollos evolutivos de las estructuras. La autopoiesis misma pone solamente mínimos requerimientos; en el caso del sistema de la sociedad, por ejemplo, exige solo que en general se comunique con miras a una ulterior comunicación [...] Las estructuras son necesarias, en cuanto que restringen el margen disponible para oportunas operaciones de empalme, de manera que pueda realizar el paso continuo de operación a operación”. Luhmann y Georgi, *Teoría*, 1993, p. 205.

⁸ Luhmann, *Ciencia*, 1996, p. 195.

⁹ Luhmann, *Ciencia*, 1996, p. 246.

a la teoría de los sistemas autopoieticos. Se trata del concepto de intersubjetividad que tanto alentó una cierta reflexión sobre el fenómeno comunicativo y que introdujo, finalmente, un enfoque cercano a la filosofía de la conciencia que tanto combatía.¹³ De ahí que el concepto de operación resulte más rico en consecuencias, y esto a pesar del evidente nivel de abstracción que exige la teoría de sistemas y la propia cibernética de segundo orden. Precisamente, la formalización sintetizada en dicha noción no resulta ser obstáculo sino condición para un esfuerzo teórico diferenciado de los precedentes y que buscaban explicar lo propio del saber histórico. Su validez está precisamente en que vacía de pertinencia las habituales disyuntivas que la teoría de la historia ha manejado, por ejemplo, optar por describir a la historia a partir de sujetos amparados en atributos trascendentales y en evidentes cualidades concientes, o a partir de campos objetuales que parecieran garantizar toda pretensión de explicación y de estabilización de enunciados verdaderos.

Por tanto, el punto de partida para ensayar una respuesta a la interrogante central, ¿cuál es la función que cumple la historiografía?, consiste en remitirla a una descripción del tipo de operaciones que se llevan a cabo en el saber histórico. Ello involucra clarificar el tipo de organización interna que en su sistematización establece las posibilidades para una construcción de interpretaciones o para la elaboración de juicios y enunciados sobre el pasado, esto es, su constitución como sistema operativo.¹⁴ En tanto

¹³ Habermas, *Teoría*, 2002. Por supuesto, los esfuerzos en cuanto a precisar un concepto de racionalidad alejado del marco cognitivo instrumental propio del empirismo clásico y por tanto enfocado a partir de la noción racionalidad comunicativa, quedaron gravados de inicio por la recurrencia a la interacción entre sujetos. Y esto por más que se trate de una forma de relación entre sujetos empíricos capaces de acción y lenguaje, donde la conciencia subjetiva y trascendental es sustituida por las típicas prestaciones de una interacción efectuada en marcos sociales precisos.

¹⁴ De nueva cuenta hay que acudir a Michel de Certeau, particularmente a la precisión que introdujo en el concepto de sistema. A diferencia de otras posturas que consideran a un sistema a partir de los elementos que lo integran y de sus múltiples interconexiones, de Certeau lo considera un espacio capaz de organizar sus propias operaciones. De modo que está incluida en esta perspectiva dos cualidades centrales de los sistemas, a saber, la capacidad de autoorganización y de control interno, por un lado, y la subsecuente auto-reproducción operativa. Certeau, "Ruptura", 2006, p. 199, nota 13.

dicha consistencia operativa está compuesta de comunicaciones, se revela como crucial aclarar sobre qué bases alcanza estabilidad operativa, por lo que es necesario considerar el tipo de distinciones a partir de las cuales se lleva a cabo como red recurrente. Y es aquí donde se encuentra colocado el problema fundamental de la comunicación como atribución de un observador.

LA OBSERVACIÓN COMO OPERACIÓN SISTÉMICA

De manera consistente con este precepto, la formulación de base es la siguiente: la operación puede enlazarse con otras solo porque se despliega como observación, donde el observador es un sistema —la ciencia o la historiografía en sentido restringido— que recurre a la operación de observar como secuencia recursiva y no un sujeto particularizado considerado como soporte.¹⁵ La postura que es dable sostener en este punto es aquella que considera que la observación conlleva la necesidad de recurrir a distinciones; de hecho, observar es una operación que se caracteriza por introducir diferencias, de ahí su distancia respecto a la percepción.¹⁶ Como en muchos otros casos trabajados por la teoría de sistemas, la problemática esbozada muestra de inmediato un sentido totalmente contraintuitivo, de manera que este concepto de observación se contraponen notoriamente a la noción corriente que la asume como simple percepción visible de algo.

Por otro lado, también se diferencia radicalmente de la tradición científica y epistemológica moderna, que hace derivar del presunto contacto con la realidad el ejercicio de una cierta facultad sensorial limitada y controlada sistemáticamente. "Como correlato de operaciones así reguladas, la

¹⁵ Luhmann, *Introducción*, 2009, p. 153.

¹⁶ "La introducción de una distinción es en primer lugar la introducción de una forma. Una forma es la distinción de un lado interno (aquello que es distinguido) de un lado externo (el resto). La introducción de una distinción, entonces, es ella misma una distinción [...]. La observación (comprendida la autoobservación, por ejemplo, la autoobservación de la mujer en cuanto mujer) puede ser definida precisamente como obtención y transformación de información con ayuda de una distinción". Luhmann, *Mujeres*, 2015, p. 17.

realidad es reformulada de modo nuevo en el sentido de realidad científica”.¹⁷ De la contemplación aparentemente neutra de algo como algo a la visibilidad metódicamente producida y orientada, las divergencias no se dejan reconducir a simples condiciones ontológicas involucradas que, como instancias últimas, terminarían por revolverlas. Por supuesto, ambas formas de observación no pueden más que considerarse efectos de una situación que es guiada por la percepción sensible de los individuos. Pero el concepto de observación científica se ha mostrado sensible al hecho de que no todos los sujetos que la llevan a cabo ven lo mismo.¹⁸

Lo que empieza a separar la noción de observación de la cualidad perceptible es, precisamente, el reconocimiento de que la visibilidad de un objeto no puede ser asumida como “una copia visual” del mismo.¹⁹ Esto explicaría el alejamiento paralelo con respecto a la noción de representación, aunque en este caso se trata de una cuestión que requiere otro tipo de precisiones que no pueden ser abordadas en este escrito. Lo que ha llevado a una noción de observación en el marco de la teoría de sistemas que, por su alto grado de formalismo, no es reducible ni a percepción visible ni mucho menos a una represen-

tación mental como simple copia visible. La historia natural del siglo xvii se presenta como un saber que involucra, en su base epistémica, la problemática de la mirada recogida esencialmente como capacidad de visualización. De ahí la noción *cuadro* que Michel Foucault hace incidir en la propia configuración de esta forma de saber entendida como disposición: tiempo clasificado, cuadrícula y especificación de una jerarquía, además de la fundación de una espacialización interna.

Todo ello permite “una nueva manera de anudar las cosas a la vez con la mirada y con el discurso. Una nueva manera de hacer la historia”.²⁰ Es en la historia natural donde esa vinculación entre mirada y discurso permite la emergencia del concepto de estructura, central para la tradición moderna. En la posibilidad de hacer manifiesta una modalidad de *denominación de lo visible* en el orden natural de lo seres, su descripción estructural depende de un campo de visibilidad que no es simplemente la transposición de una condición natural generalizable. Y es aquí donde se muestra ese ejercicio de reducción de la observación como facultad sensible a una operación contralada y sistematizada que responde a un campo de experiencia acotado.²¹ Precisamente la noción de observación, a partir del siglo xvii —nos dice Foucault—, hace depender de un conocimiento sensible asentado en la construcción de condiciones limitadas y sistemáticamente negativas, las posibilidades mismas de la ciencia.

Ese campo de visibilidad deja fuera las demás facultades sensibles, como el gusto, el tacto, el oído. De manera que el espacio de visibilidad —campo de experiencia donde se despliegan los seres y sus relaciones— es propiamente el resultado de dichas exclusiones. Por más que se introduzca, a contrapeño de estas exclusiones, “una relación instrumental entre las cosas y los ojos” a través del microscopio, observar es un ejercicio que saca de su propia limitación sus posibilidades cognitivas. De tal manera

¹⁷ Luhmann, *Comunicaciones*, 2015, p. 52.

¹⁸ Aunque se parta de una discrepancia al nivel de la descripción de lo observado, parece más fácil seguir sosteniendo que este es un efecto atribuible a la situación misma de los sujetos que la llevan a cabo. Así, se reconduce la diferencia de las descripciones a los patrones a partir de los cuales se interpretan los datos obtenidos. De forma que se puede sostener que hacen la misma observación y tienen a la mano los mismos datos visualmente aportados, pero los interpretan de manera divergente. Frente a este intento de mantener lo más cerca posible a la noción científica de una percepción visible naturalizada no cesa de reconocerse que, finalmente, esos sujetos no ven lo mismo. En esta discusión se ha introducido ya el reconocimiento de que hay algo previo que constituye, y no solo orienta, a la observación científica, donde eso previo son propiamente elementos teóricos vinculados con conocimientos anteriormente adquiridos. Russel, “Observación”, 1989, p. 238. Este estudio presenta una interesante síntesis de la amplia discusión que desde Kepler ha acompañado a la problemática anterior.

¹⁹ Russel, “Observación”, 1989, p. 252. Véase también: Bateson, *Pasos*, 1998, pp. 511 y ss. En este estudio Bateson revisa críticamente, a partir de un experimento, la equiparación de la visibilidad a simple percepción. A partir de preguntar a su audiencia “¿Cuántos de ustedes me ven?”, desarrolla el argumento de que expresiones como “Yo lo veo a usted o usted me ve a mí”, contienen supuestos de corte epistemológico que las hacen ser premisas falsas.

²⁰ Foucault, *Palabras*, 1996, p. 132.

²¹ “La historia natural no se hizo posible porque se haya mirado mejor y más de cerca. En sentido estricto, puede decirse que la época clásica se ingenió si no para ver lo menos posible, sí para restringir voluntariamente el campo de su experiencia. La observación, a partir del siglo xvii, es un conocimiento sensible repleto de condiciones sistemáticamente negativas.” Foucault, *Palabras*, 1996, p. 133.

que observar es ver “sistemáticamente pocas cosas”.²² Desde que se instituye en la problemática moderna de la observación científica ese principio de limitabilidad —finalmente no es posible observar todo en términos simultáneos— se abre a una temática epistemológica diferente. Así, la teoría de sistemas asegura que la observación es una operación interna del sistema que se orienta a partir de la distinción basal entre sistema y entorno.

Como se ha señalado, una operación es un mecanismo por el cual el sistema conecta o enlaza sus elementos internos y por lo tanto los reproduce por medio de su propia capacidad de conectividad. Esta capacidad descansa en el despliegue continuo de la diferencia basal. Hay que distinguir, por tanto, entre operación y observación, por lo que se puede decir que la observación es una forma de operación que se caracteriza por la utilización de distinciones en un conjunto más amplio de operaciones. Solo así se está en condiciones de obtener y transformar informaciones dado que se trata de sistemas de sentido.²³ La consecuencia de nuevo dibuja una circularidad potencialmente rica en implicaciones reflexivas: la operación es una atribución de un observador. Esto pareciera distinguir a los sistemas que orientan sus operaciones en el medio sentido de aquellos otros que escaparían a las consecuencias de una autoobservación recurrentemente ejecutada.

El modelo de todo sistema de sentido que funge a la vez como sistema observador es el propio sistema social, de ahí la importancia de esta problemática para ciencias como la historiografía que no están en posibilidades de dejar de lado las consecuencias epistemológicas implicadas.²⁴ La propia distinción basal sistema/entorno es producto de las prestaciones internas de un sistema observador, donde su capacidad de conectividad operativa está en función de la subsecuente diferenciación entre *autorreferencia* (atribución realizada al propio sistema) y *heterorreferencia* (atribución interna en referencia al entorno del sistema). Gracias a este incremento de la lógica diferencial del sistema se vuelve posible orientar todas las operaciones de manera que puedan ser observadas y eje-

cutadas, pero nunca como operaciones del entorno.²⁵ Ahora bien, al introducir una distinción se introduce con ello una forma que es, para todo efecto sistémico, una configuración de dos lados, donde uno de ellos puede ser considerado como interno mientras que el otro funciona como polo externo.

La teoría de la observación así planteada en su fase inicial, esto es, desde el trazo de una diferencia y su unidad, se desprende del cálculo lógico de las formas de George Spencer Brown.²⁶ Se trata de un trabajo matemático que intenta reducir el cálculo a una sola operación, por lo que ofrece un modelo para explicar el mundo como un constante trazado de distinciones, donde la distinción inicial arroja consecuencias decisivas para la continuación del propio cálculo. Al trazar una distinción el mundo puede dividirse en dos: lo que queda dentro de lo distinguido y lo que queda fuera como un *no marcado*. El énfasis que aquí interesa recuperar se expresa en la adopción de este cálculo por parte de la teoría de los sistemas sociales. En su perspectiva, el observador construye el mundo, al ser capaz de distinguir entre esto y lo otro, asumiendo que tal proceder es en realidad una operación esencialmente empírica.²⁷ Al indicar el polo sistema de la distinción sistema/entorno se autoriza a trabajarlo como distinto del entorno, tomando en cuenta que se puede continuar con dicha indicación o bien pasar al otro lado de la diferencia establecida.

Ahora bien, solo se puede ver un lado manteniendo el otro como estado latente, aunque ambos se dan en simultaneidad. Es posible ver el otro lado siempre y cuando se realice un cruce, lo que supone tiempo. De ahí que se establezca una suerte de regla básica: no se pueden ver los dos lados como simultáneos. Esta ruptura de la simultaneidad abre

²⁵ Luhmann, *Comunicaciones*, 2015, p. 33.

²⁶ “El cálculo de Spencer Brown contiene una consigna para el despegue: *draw a distinction*. El poder echar a andar el cálculo depende, así, de la capacidad de llevar a cabo una distinción; si esto no se lleva a efecto el cálculo matemático no procede [...] Para Spencer Brown la forma (por eso el título del libro *Laws of Form*) es una distinción, por tanto, de una separación, de una diferencia. Se opera una distinción trazando una marca que separa dos partes, que vuelve imposible el paso de una parte a la otra sin atravesar la marca”. Luhmann, *Introducción*, 2009, p. 83.

²⁷ Luhmann, *Ciencia*, 1996, p. 61.

²² Foucault, *Palabras*, 1996, p. 134.

²³ Corsi, Esposito y Baraldi, *Glosario*, 1996, p. 118.

²⁴ Luhmann, “Programa”, 1998.

la puerta a la observación de la observación. El paso hacia la autoobservación se sigue de este proceso de asimetrización necesario dado que es imposible que la operación de distinción pueda observar el lado indicado y simultáneamente observar la distinción en su unidad.²⁸ La operación no puede observarse a sí misma en el momento de ejecutar o enlazar una operación, así como tampoco está en sus posibilidades observar los dos lados de la distinción al mismo tiempo. Un sistema recursivo funciona como una máquina histórica que trabaja a partir de operaciones que son necesariamente contingentes.²⁹

¿Qué quiere decir esto y qué implicaciones tiene para la historiografía en sentido amplio y restringido? Primero, una teoría como la aquí esbozada involucra una nueva forma de asimetrización misma que se sigue de la distinción basal entre sistema y entorno, donde las prestaciones autorreferenciales y heteroreferenciales son propias del sistema. El sistema genera valores constantes de autorreflexividad, es decir, la disparidad entre la observación de primer orden correspondiente y la observación de esa observación que está en posibilidades de marcar la unidad de la diferencia involucrada. En este punto es necesario insistir en el hecho de que los niveles diferenciados de la observación no significan superioridad ni mayor grado de objetividad. De lo anterior se deriva un presupuesto central que establece que, desde la asimetrización expresada como observación de primer y segundo orden no es posible justificar distinciones como las habituales para la disciplina histórica.

HISTORIOGRAFÍA Y AUTORREFLEXIÓN

Siguiendo la lógica habitual, la observación de primer orden tendría que coincidir de suyo con la investigación de hechos que coloca al historiador frente a la realidad histórica, mientras la observación de segundo orden vendría a ser la historiografía entendida como simple efecto discursivo de superficie. Esta formulación ya no es pertinente puesto que ambos niveles de observación no están en condiciones de escapar a la contingencia de la asimetrización y a la historicidad como marco operativo.³⁰

De Certeau afirmó que la historia tematiza la reintroducción del tiempo en su propia operación, por lo que su cualidad histórica se encuentra relacionada con una especificación que se manifiesta en la manera en que establece sus objetos y en la movilización de modelos interpretativos. Así, la historicidad no se expresa al nivel de un cierto discurso que habla del pasado, sino por la necesaria aplicación de pautas de comprensión que no pueden ocultar su situación presente. Según de Certeau, su fuerza cognitiva se encuentra siempre en función de la reflexividad que puede aplicar sobre su “propia actividad productora”.³¹

Se puede afirmar que la red recursiva de las comunicaciones historiográficas —observaciones de primer y segundo orden— se constituye desde formas de temporalización interna que determinan todas las formas operativas involucradas y las posibilidades de sus enlaces. Si la observación de primer orden se orienta desde la diferencia y desde la indicación elegida, esto supone que no puede ver el esquema de observación del cual parte. Así, el nivel operativo de la historiografía está en capacidad de hacer atribuciones tales como el establecimiento de relaciones causales entre eventos, identificar mecanismos teleológicos como formas explicativas de los encadenamientos, o

²⁸ “Si se quiere cambiar algo se puede hacer solo con operaciones que realizan contemporáneamente indicaciones y distinciones, separaciones y asimetrizaciones. Es por esto que también los problemas que se desprenden en la constitución del sistema aparecen en modo temporalizado. No se puede tener por ejemplo un sí y un no contemporáneamente, esto es, no puede haber contradicciones, sino solo una oscilación entre dos posibilidades que puede, por otra parte, presentarse como una contradicción para un observador que abstraiga las relaciones temporales al interior del sistema.” Luhmann, *Mujeres*, 2015, pp. 18-19.

²⁹ Luhmann, *Ciencia*, 1996, p. 297.

³⁰ “La frágil y necesaria frontera entre un objeto pasado y una praxis presente comienza a tambalearse desde el momento en que el postulado ficticio de un *dato* que debe ser comprendido, lo sustituye el examen de una operación siempre afectada por determinismos y que siempre puede ser reconsiderada, siempre dependiente del lugar donde se efectúa dentro de una sociedad, y por lo tanto especificada por problemas, métodos y funciones propias.” Certeau, *Escritura*, 1993, p. 53.

³¹ Certeau, *Escritura*, 1993, p. 59.

definir tendencias estadísticas o probabilísticas. En tal caso, su operación está calibrada para comunicar de manera *heterorreferencial*. Mientras que la observación que observa estas atribuciones y que explota el valor autorreflexivo de la historiografía no puede más que involucrarse en una lógica *autorreferencial*, que pone el acento en la observación misma precedente.

Como la ciencia histórica es un sistema observador, debe responder a la necesidad de incrementar sus condiciones de variación y control por medio de operaciones que permiten observar las observaciones. En esto se juega su reproducción recursiva, cuestión que recupera, por vías sistémicas, lo que Alfonso Mendiola ha propuesto como *giro historiográfico*.³² Desde esta noción, la función autorreflexiva propia de observar observaciones es crucial para la propia investigación histórica, dado que reproduce sus operaciones en términos recursivos por medio de los enlaces comunicativos que orientan su condensación y su reiteración posterior. Las diferentes áreas de investigación histórica están conformadas por estructuras condensadas de comunicaciones historiográficas —observaciones de primer orden— sin las cuales serían impensables los procesos de investigación futura. En tal sentido, autorreflexión es ejercicio de *restricción* aplicado al conjunto de expectativas generadas por las comunicaciones previas condensadas, lo que expresa que el sistema solo está en capacidad de generar un repertorio estrecho de posibilidades.³³

Es en este proceso donde ocurre el necesario aumento de complejidad del sistema como resultado de su propia reproducción. Aunque la observación de primer orden es una forma que reduce complejidad gracias a la pareja distinción/indicación, la observación que observa esta operación introduce un aumento de distinciones, por lo que incrementa los enlaces.

³² “De esta forma la década de los setenta representa la transición de una reflexión externa de la historia (*heterorreferencial*) a una reflexión interna de la historia (*autorreferencial*). Este cambio, quizás como todo cambio que se da en una cultura basada en el texto impreso, no ha terminado por transformar las semánticas que usamos para describir la ciencia de la historia, pues ha resultado difícil asumir la paradoja que significa referirnos a las autodescripciones de la historia, dicho de otro modo, a la historia descrita desde la propia historia.” Mendiola, “Giro”, 2000, p. 192.

³³ Luhmann, *Sistemas*, 1991, p. 113.

Precisamente, este entramado recurrente produce mayores índices de complejidad como efecto directo de la dinámica operativa. La recursividad manifiesta la unidad del sistema, cuestión central para un procesamiento que no está guiado por criterios de correspondencia con lo real, sino por la incertidumbre implicada en la propia noción de autorreflexividad.³⁴

Por tanto, la observación de observaciones —la historiografía, en sentido amplio— tiene por función central observar lo no observable, lo latente que permite todo ejercicio historiográfico específico. Esto bajo el entendido de que este ejercicio está en condiciones de observar lo invisible por la introducción de más distinciones, dado que solo así se capacita para identificar la unidad de las distinciones utilizada en las observaciones de primer orden. Para ambos niveles, la imposibilidad de volver accesible para el propio ejercicio de observación su propia unidad o punto ciego es su restricción básica de la cual no pueden escapar.³⁵ Los aportes a lo que conduce toda esta secuencia están también configurados por la introducción de más diferenciaciones, lo que se expresa en ese gesto tan característico de la historia de dividirse en áreas sumamente especializadas. Una tesis general derivada de la anterior argumentación es la siguiente: el orden que gobierna a la historiografía como construcción de observaciones de primer orden, solo puede asegurar su propia reproducción generando formas constantes de diferenciación.³⁶

Cuando se trata del papel que cumple la diferencia en la base de la lógica de investigación, habrá que reconocer que esta misma lógica resulta ser objeto de investigación y elemento central en la función social que cumple la autorreflexividad como ejercicio crítico. Entre ambos niveles se hacen notar consecuencias divergentes. En cuanto al primer nivel, la operación científica genera productos cognitivos a partir de la aplicación de modelos previos y de la puesta en mar-

³⁴ “De esta manera, mediante una reducción de complejidad, se efectúa, como resultado final, un aumento enorme de complejidad: ahora hay que contar con una complejidad en aumento progresivo, la del observador de primer orden (esta observación y no la otra); la del de segundo orden (esa observación y no otras).” Luhmann, *Introducción*, 2009, pp. 168-169.

³⁵ Luhmann, *Introducción*, 2009, p. 167.

³⁶ Certeau, *Escritura*, 1993, p. 52.

cha de la codificación *verdadero* o *no verdadero*.³⁷ En este nivel la cualidad contingente de los modelos recae en el tipo de distinciones que predeterminan el conjunto de operaciones sucesivas como enlaces comunicativos. El resultado obtenido adquiere el valor de improbabilidad dentro de un cuadro más amplio de probabilidades, es decir, expresa la incertidumbre en cuanto a la validez de la distinción utilizada frente a otras posibles, de ahí que la contingencia de la operación científica está en relación directa con el carácter históricamente variable de los cortes iniciales.

Se debe recalcar que los modelos aplicados (económicos, sociales, antropológicos, psicológicos, etcétera) determinan elementos metódicos cruciales, tales como la especificación de criterios de elección para el establecimiento de períodos, campos de objetos o fenómenos, la producción de valores discretos que orientan su análisis (de correlación, de cuantificación o modalidades de estudio cualitativo), la identificación de las herramientas técnicas de tratamiento (series, curvas, estadísticas, ciclos), la introducción de formas conceptuales con capacidad explicativa (funcionales, causales, de analogía), etcétera.³⁸ En este nivel operan los criterios a partir de los cuales se formulan problemas pertinentes y se articulan interrogaciones ajustadas a ellos, tomando el ejercicio de validación de las respuestas aportadas en su forma básica codificada. Todo este cúmulo de procedimientos lógicos de investigación corresponden al nivel de la observación de primer orden tal y como se ha planteado anteriormente.

El procesamiento de esta secuencia da pie al establecimiento de lo que de Certeau ha denominado la significabilidad de los límites establecidos, cuestión que se refiere no al campo o a las preguntas formuladas ni a las herramientas técnicas utilizadas, sino al propio modelo o programa como conjunto

interrelacionado.³⁹ De tal manera que son los cortes o límites del modelo utilizado los que dan pie a la constitución de campos de observación accesibles a partir de distinciones. El potencial recursivo del modelo está relacionado con la utilización consecuente de estas, como formas de enlazar operaciones o comunicaciones historiográficas posteriores, conexiones que permiten el trabajo crítico al identificar las *desviaciones*, la especificación de nuevas preguntas y problemas. El proceso es susceptible de ser analizado como el paso que va de los cortes o límites iniciales a las desviaciones generadas por la aplicación del modelo, secuencia donde las “transgresiones lógicas” involucradas adquieren importancia crucial para ese orden operativo considerado científico.⁴⁰

La perspectiva del trabajo historiográfico planteada en términos de lógica operativa encuentra su legitimidad en la confrontación de los límites impuestos y en la generación de desviaciones lógicas. En términos de teoría de sistemas, la recursividad está orientada hacia el valor científico que presentan las variaciones obtenidas, no tanto a las redundancias identificadas puesto que al transgredir los límites de los modelos se alienta la introducción de correcciones. Las redundancias —informaciones previas que no requieren ser reelaboradas— son prestaciones básicas de los sistemas autopoieticos como la ciencia.⁴¹ Si el proceso se puede entender en términos de *falsación* de los propios modelos, le es correlativo un tendencial aumento de complejidad como acrecentamiento de diferenciaciones. En la medida en que los modelos aplicados en la investigación histórica —historiografía en sentido restringido— son importados desde otras esferas científicas, en el campo de su aplicación temporalizada se entiende su cualidad como proceso de falsación del modelo en su conjunto.

De ahí que su función consista en asegurar la recursividad de las áreas de investigación que generaron originariamente el modelo, además de impulsar su propia lógica de reproducción cognitiva por medio de las observaciones sobre esas observaciones que está en condiciones de ejecutar la historiografía

³⁷ La codificación binaria verdadero/no verdadero, en la óptica de los sistemas sociales, permite asegurar la continuación recursiva de la comunicación frente a la alta improbabilidad de su vinculación. La ciencia opera en el medio verdad, lo que requiere para su operación y su continuidad que el código sea configurado de manera abstracta al tipo de un símbolo reconocible y por ello generalizable al cuerpo social. Véase al respecto: Luhmann, *Ciencia*, 1996, pp. 196 y ss.

³⁸ Certeau, *Escritura*, 1993, p. 89.

³⁹ Certeau, *Escritura*, 1993, p. 94

⁴⁰ Morin, “Epistemología”, 2004, p. 9

⁴¹ Luhmann, *Ciencia*, 1996, p. 151.

fía en sentido amplio.⁴² El empleo sistemático de los modelos conlleva el desarrollo de nuevas modalidades de variación en cuanto a las asimetrías utilizadas, dado que al identificar sus límites se está en condiciones de introducir nuevos problemas que “puedan tratarse técnicamente”.⁴³ Esto significa ampliación de la base operativa de la investigación histórica por medio del fenómeno de diferenciación interna, que no es otra cosa que tramitación de las diferencias estructurales de los modelos empleados. Esto explica el surgimiento y diferenciación de ramas de investigación histórica especializadas: historia económica, historia social, historia de las mentalidades, historia cultural, etcétera.

EL VALOR DE LA CONTINGENCIA Y LA CUESTIÓN DEL TIEMPO

A la diferenciación que se sigue de los niveles operativos se debe agregar el papel que cumple en todo ello la diferencia basal que es propia de la historiografía en ambos sentidos. Lo que quiere decir que también determina el ejercicio de falsación de modelos y la identificación de problemas que pueden abordarse en investigaciones ulteriores. Se trata de la característica distinción *pasado/futuro* que da pie al cúmulo de factores diacrónicos que son abordados por la historiografía en cuanto a la observación de fenómenos sociales de todo tipo.⁴⁴ Es desde esta forma de asimetrización que se puede enfrentar la cuestión de cómo es posible el tiempo en referencia a las posibilidades de la observación. En efecto, el tiempo es posible porque se introduce una diferencia o *forma* que logra esquematizar la asimetrización entre antes/después o pasado/futuro. En tanto esquema, permite observar algo como algo, en el caso de la historiografía, como fenómenos o eventos temporalizados.⁴⁵ No se esconde en esto una cierta evocación

kantiana, puesto que el esquema, en sentido lógico, precede a todos los conceptos temporales que permiten la construcción de horizontes y estructuras constituidas de forma contingente.

Si lo anterior supone una perspectiva que acenúa el carácter positivo de las asimetrías temporales ello no esquiva el hecho de que introduce una pérdida de univocidad de mundo. Aquí, contingente refiere a multiplicidad de posibilidades que permiten abordar el mundo como abierto, como delimitado a partir de ese cúmulo de posibilidades y elecciones.⁴⁶ Esto es lo que significa asignarle a esta diferencia pasado/futuro la condición de diferencia basal. Como forma elemental permite en su despliegue —es decir, en la potencialidad que tiene de producir más diferencias o asimetrizaciones— la enorme diversidad a la que se hacía referencia al principio de este escrito. De tal manera que la contingencia es el valor más alto de la modernidad, puesto que la *temporalización del tiempo* que se lleva a cabo constantemente —cada vez que se establece la distinción antes/después y cada vez que ella es observada— es efecto de la complejidad del sistema mismo que exige una creciente selectividad en sus operaciones.⁴⁷ A pesar de que la observación como operación se da en simultaneidad, la observación de primer orden requiere ya tiempo solo para cruzar al otro lado de la distinción.

Se trata de un ejercicio de *desimultaneización* donde la diferencia es la que permite ver algo a condición de no poder ver el otro lado, esto es, invisibilizando la unidad de la que parte la propia

te el cual la diferenciación (el observador) puede disparar su propia paradoja: primero del lado izquierdo, luego del derecho. Lo mismo vale para la diferenciación básica entre autorreferencia y heterorreferencia, de modo que conduce a una temporalización inevitable de la observación en relación con el entorno.” Luhmann, *Ciencia*, 1996, p. 63.

⁴⁶ “Solo que las semánticas de la contingencia de los sistemas funcionales se dan abiertas al futuro. No excluyen que todo lo que se ha aceptado en cada momento también podría ser de otro modo y ser redefinido mediante comunicación. Su propia auto-poiesis exige el empleo de operaciones sin certeza última... solo sobre la base de lo que en ese momento se tiene a mano y se asume convencido o como hecho, como la cotización bursátil del día, la imposibilidad de dirigirse al cónyuge o el éxito en términos de prestigio de las acrobacias intelectuales.” Luhmann, *Observaciones*, 1997, p. 117.

⁴⁷ Luhmann, “Tiempo”, 2000, p. 378.

⁴² “La historia se convierte en un lugar de ‘control’, donde se ejercita una ‘función de falsificación’. Allí puede caer en la cuenta de hasta dónde llegan los límites de significabilidad relativos a ‘modelos’ que son ‘ensayados’ uno por uno por la historia en campos ajenos a los de su propia elaboración.” Certeau, *Escritura*, 1993, p. 94.

⁴³ Certeau, *Escritura*, 1993, p. 91.

⁴⁴ Luhmann, *Sistemas*, 1991, pp. 97 y ss.

⁴⁵ “De cierta manera el tiempo es así, un esquema median-

diferencia.⁴⁸ En cuanto operación, la indicación de un lado en la observación de primer orden, presupone que el otro lado existe en simultaneidad, cosa que se rompe cuando se indica el otro lado de la distinción. Este mismo criterio de indeterminación o de contingencia está presente en las observaciones de segundo orden. Tomando en cuenta que la operación no puede observarse a sí misma en el momento de su ejecución, está obligada a una posterior observación. Se debe tomar nota de que las diferencias que operan entre observación de primer orden y de segundo, son asimetrizaciones temporales que ponen en juego la misma diferencia basal *pasado/futuro*. Se trata, en consecuencia, de una reentrada de la distinción en la distinción. El esquema tiempo —como esquema de asimetrización constante— permite volver lo simultáneo en no simultáneo, lo actual en aquello que no es actual, todo para permitir observar esa capa de invisibilidad precedente.

La asimetrización temporal hace ver lo que de otro modo no sería visible: el mundo como horizonte de posibilidades y a la propia observación de esas posibilidades. Hay que destacar una cuestión importante respecto a esta perspectiva sobre el tiempo como operación sistémica de la historiografía. La observación historiográfica de primer orden indica uno de los lados de la distinción por lo que se considera al otro polo como latente e inobservable. Esto supone ya asimetrización, es decir, tiempo. Como la observación historiográfica de segundo grado implica otra modalidad de asimetría, entonces se puede decir que la diferencia que hace posible el tiempo es la misma que acredita la capacidad de ver cosas y ver la diferencia que lo constituye como esquema. Lo anterior se deja expresar en términos autorreferenciales puesto que el tiempo susceptible de ser acreditado se encuentra ya dentro del propio tiempo. Y es precisamente esta circularidad la que circunscribe toda la base de posibilidades de la historiografía como saber especializado en estudiar contingencias.

⁴⁸ “Esto significa que la diferencia hace invisible la unidad de la diferencia. Si se quisiera hacer visible dicha unidad se llegaría a la paradoja de la unidad de una diferencia; o en la formulación de un tema de conferencia de Ranulph Glanville: *the same is different*. Esto no significa que ya no se pueda reflexionar más sobre las distinciones, aino que para lograr dicha reflexión es necesario utilizar otra distinción.” Luhmann, *Introducción*, 2009, p. 158.

Profundizando aún más la cuestión, la paradoja del tiempo como forma de observación o comunicación de fenómenos temporales solo puede ser resuelta con tiempo, es decir, con subsecuentes diferencias.

Debido a esta particularidad, el proceso conduce a una combinación compleja de simultaneidad con factores que inducen desimultaneización. En el primer caso, se presume una suerte de simetría al nivel de los eventos que se presentan o de las propias operaciones: ocurren al mismo tiempo. En el mundo observado a este nivel se describen eventos y operaciones desde un presente de simultaneidades.⁴⁹ Esto vendría a ser el fundamento de toda observación temporal puesto que ellas mismas se producen en el presente o en la actualidad gracias a la introducción de una distinción característica.⁵⁰

Esta determinación de las observaciones que se producen desde la distinción pasado/futuro contradice frontalmente los enfoques deterministas, lineales o causales, puesto que en la simultaneidad cada evento no puede depender de otro anterior o posterior. Lo propio de las posturas teleológicas, mecanicistas o causalistas está en la ocultación de su condición de actualidad en tanto presente de la operación de observar. Pero en el modo en que las observaciones temporales se afirman en la modernidad —tendencia profundizada a lo largo del siglo xx— y en los procesos por los cuales la cultura que le es propia enfrenta la paradoja que involucran, se hace notar un rasgo generalizable: se trata de una conquista evolutiva a la que no es ya posible renunciar en el marco del sistema social contemporáneo.⁵¹

⁴⁹ “La simultaneidad no es propiamente la realidad del tiempo, pero sí el fundamento de lo que se denomina presente y con ello el fundamento de toda observación del tiempo que trabaja con la distinción de un *antes* y un *después*. Simultaneidad significa únicamente que no puede haber acontecimientos causales que acontezcan en actualidad y que bajo la noción de causalidad se entiende normalmente distancia en el tiempo: la causa debe estar situada *antes* del efecto.” Luhmann, *Introducción*, 2009, p. 219.

⁵⁰ Luhmann, “Tiempo”, 2000, p. 387.

⁵¹ “Si se toma en serio la temporalidad operativa de los sistemas observadores como observación, uno se forma una idea acerca de una conquista evolutiva que podríamos designar como desimultaneización del mundo. Mediante la renuncia a la suposición de que todo lo que es, es simultáneo y por lo tanto es como es, se obtiene la posibilidad de imaginarse otras posibilidades en vis-

En este marco resulta imposible observar un evento en su condición de simultaneidad o actualidad, por lo que la ruptura de simetría permite describirlo como ocurrido solo porque se ha introducido ya la distinción entre pasado y futuro. Cosa que no da pie, por más que se insiste en ello, a considerar como forma explicativa de dicho evento su grado de influenciabilidad con relación a la producción de otros eventos futuros o, en caso contrario, a demostrar su ocurrencia gracias a una cadena causal que lo conecte con eventos anteriores. Aun así, resulta de interés destacar que ambas perspectivas —enfoque teleológico en un caso, causal o determinista en el otro— suponen la introducción de una ruptura de simetría respecto al horizonte del presente de la operación. Es en esta cualidad de la desimultaneización donde se identifica la funcionalidad para el sistema de operaciones que se proyectan como no actuales para la propia sociedad. Es necesario insistir que toda referencia al pasado o al futuro no puede tomarse como índice de ontologización de una realidad desaparecida o posible. Antes bien, es desde la condición de actualidad y de simultaneidad desde donde se constituye el horizonte del presente y que, por tanto, observar causas pretéritas o efectos posteriores corresponde solo a este horizonte.

Se entiende que esta asimetría solo lo es para el presente dado que se trata de atribuciones del sistema realizadas desde la misma diferencia basal y cuya funcionalidad descansa en una reducción de complejidad.⁵² Por tanto, la historia puede describirse reflexivamente como ciencia del presente y con ello se está en condiciones de resolver la funcionalidad de la distinción de horizontes entre pasado y futuro, a partir de la oposición actual/inactual. Es la diferencia pasado/futuro la que establece la cualidad de horizontes de observación a sus dos polos, bajo el entendido de que dicha operación de observación solo puede realizarse desde el horizonte de actualidad. Es de este modo que se puede considerar que el tiempo resuelve la paradoja involucrada en el tiempo mismo y esto se logra con la diferencia entre pasado y futuro y su constitución como horizontes temporales de observación.⁵³

ta de lo temporalmente inactual.” Luhmann, *Ciencia*, 1996, p. 80.

⁵² Luhmann, “Tiempo”, 2000, p. 420.

⁵³ “Las diferenciaciones implican que no se puede estar en ambos lados al mismo tiempo, es decir, que no es posible conec-

Ahora bien, se pueden observar sucesos no actuales, ya sea bajo la premisa del pasado del sistema o, por el contrario, bajo la premisa del futuro del sistema. Desde cada horizonte no actual se producen observaciones de primer orden, bajo el entendido de que solo desde el horizonte de actualidad se pueden observar dichas observaciones y entonces se tiene acceso a la unidad de la diferencia que los constituye. Las observaciones de segundo orden son necesarias porque pertenecen al horizonte de actualidad, donde la diferencia se presenta en su simultaneidad. La forma tiempo es solo un esquema para la observación de fenómenos no actuales a partir de una ruptura de simetría, lo que es aplicable a los enfoques causalista o teleológicos que son esquemas de observación y no una descripción fáctica de la influenciabilidad de la actualidad. Desde la apreciación de Luhmann, la violenta contracción que supone el horizonte de actualidad —donde todo ocurre en simultaneidad— se “compensa” con la introducción de la diferencia actual/inactual, pasado/futuro.

Sin embargo, el marco para este tratamiento está en la relación del sistema con su entorno, diferencia que involucra un esquema temporal de no influenciabilidad.⁵⁴ Desde esta perspectiva, toda estructura temporal se encuentra constituida desde la distinción pasado/futuro y es por tanto producto de una operación de observación. Se puede decir que el tiempo es resultado de dicha operación y de un observador siempre situado y no atributo fenoménico de una realidad perceptible. De tal modo que la historiografía, al producir estas observaciones tempo-

tarse a ambos lados a la vez. Para eso se requiere cruzar el límite. (Spencer Brown habla de *crossing*), y eso requiere de tiempo. De cierta manera, el tiempo es así un esquema mediante el cual la diferenciación (el observador) puede desparadojizar su propia paradoja: primero del lado izquierdo, luego del derecho. Lo mismo vale para diferenciación básica entre autorreferencia y heterorreferencia, de modo que conduce a una temporalización inevitable de la observación en relación con el entorno.” Luhmann, *Ciencia*, 1996, p. 63.

⁵⁴ “Simultaneidad, por tanto, significa la no posibilidad de influenciabilidad: entre más se contraiga la simultaneidad, menos puede haber influenciabilidad; y esto significa, sobre todo, la no influenciabilidad del entorno por parte del sistema y la no posibilidad de que el entorno afecta al sistema [...] Pasado y futuro solo existen a costa del presente. El tiempo se *contrae* —para usar una expresión de Nicolás de Cusa— en el presente, para poderse diferenciar de *pasado y futuro*.” Luhmann, *Introducción*, 2009, p. 221.

rales, aporta elementos para establecer la unidad del sistema social a partir de permitir caracterizar lo diferente como pasado o como proyección de futuro. Las comunicaciones historiográficas designan directamente esas diferenciaciones en términos temporales introduciendo mayores índices de contingencia sin los cuales los sistemas sociales no pueden operar.

La diferencia que resulta como pasado delimita un conjunto de estructuraciones susceptibles de ser tratadas como unidades formales actuales, mientras lo posible se juega en un horizonte de aperturas que son conceptualmente esquematizadas y planteadas como expectativas. Tanto las unidades formales como el conjunto de expectativas abiertas dan pie al ejercicio de comparación del estado actual con los anteriores dotando al sistema de elementos de control operativo. Mientras, las expectativas orientan las transformaciones estructurales o morfogenéticas necesarias para la recursividad social.⁵⁵ De modo que la historiografía, tanto en sentido amplio como en su condición estricta, confronta directamente la inseguridad temporal o la contingencia del sistema social y participa, por tanto, en la recursividad de sus operaciones autopoiéticas.⁵⁶

FUENTES

Bibliográficas

Bateson, Gregory, *Pasos hacia una ecología de la mente*, traducción Ramón Alcalde, Buenos Aires: LOHLÉ-LUMEN, 1998.

Certeau, Michel de, *La escritura de la historia*, 2.ª ed. rev., tr. Jorge López Moctezuma, México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1993.

⁵⁵ Luhmann, *Comunicaciones*, 2015, p. 123.

⁵⁶ “Con otras palabras, el observador es constitutivamente inseguro o no es observador. Mediante la emergencia de observar a los observadores, por lo tanto, se introduce adicionalmente (ciertamente de modo empírico) lo que un observador podría describir como desorden, causalidad, imprevisibilidad etcétera, otro momento más del desorden en el mundo. La ciencia tiene que ver, ante todo, con inseguridad autoproducida.” Luhmann, *Comunicaciones*, 2015, p. 78.

_____, “La ruptura instauradora”, en *La debilidad del creer*, tr. Víctor Goldstein, Buenos Aires: Katz, 2006, pp. 191-230.

Corsi, Giancarlo, Elena Esposito, Claudio Baraldi, *Glosario sobre la teoría social de Niklas Luhmann*, tr. Miguel Romero Pérez y Carlos Villalobos, Javier Torres Nafarrate (coord.), México: Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, Anthropos, 1996.

Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, 24.ª ed., tr. Elsa Cecilia Frost, México: Siglo XXI, 1996.

Habermas, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa, 1. Racionalidad de la acción y racionalización social*, versión castellana de Manuel Jiménez Redondo, México: Taurus, 2002.

Kuhn, Thomas S., *La tensión esencial*, tr. de Roberto Helier, México: Fondo de Cultura Económica, 1982.

Luhmann, Niklas, *La ciencia de la sociedad*, tr. Silvia Pappé, Brunhilde Erker y Luis Felipe, México: Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, Anthropos, 1996.

_____, “¿Cómo se pueden observar estructuras latentes?”, en Paul Watzlawick y Peter Krieg (comps.), *El ojo del observador*, tr. Cristóbal Piechocki, 2.ª ed., Barcelona: Gedisa, 1995, pp. 60-72.

_____, *Comunicaciones y cuerpo en la teoría de los sistemas sociales*, tr. Raúl Zamorano Farías, Giancarlo Corsi, Rogelio Salgado Carrasco, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2015.

_____, *Introducción a la teoría de sistemas: lecciones publicadas por Javier Torres Nafarrate*, México: Universidad Iberoamericana/ Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2009.

_____, *Mujeres, hombres y George Spencer Brown*, tr. Raúl Zamorano Farías, Giancarlo Corsi, Rogelio Salgado Carrasco, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2015.

_____, *Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna*, tr. de Carlos Fortea Gil, revisión técnica de Joan-Carles Mèlich, Barcelona: Paidós, 1997.

_____, “El programa de conocimiento del constructivismo y la realidad que permanece desconocida”, en *Teoría de los sistemas sociales II: artículos*, tr. e intr. Javier Torres Nafarrate, Chile: Universidad de los Lagos/ Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/ Universidad Iberoamericana, 1998.

_____, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, trad., Silvia Pappe y Brunhilde Erker, Javier Torres Nafarrate (coord.), México: Alianza, 1991.

_____, *La sociedad de la sociedad*, traducción Javier Torres Nafarrate, bajo el cuidado conceptual de Darío Rodríguez Mansilla y estilístico de Marco Ornelas Esquinca, Rafael Mesa Iturbide y Areli Montes Suárez, México: Herder, Universidad Iberoamericana, 2007.

_____, “Tiempo universal e historia de los sistemas. Sobre las relaciones entre los horizontes temporales y las estructuras sociales de los sistemas sociales”, en *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, Silvia Pappe,

(coord.), tr. Kermit McPherson, México: Universidad Autónoma Metropolitana/ Universidad Iberoamericana, 2000, pp. 359-425.

_____, y Raffaele de Georgi, *Teoría de la sociedad*, trad., Miguel Romero Pérez y Carlos Villalobos, Javier Torres Nafarrate, coordinador de la tr., Guadalajara, México: Universidad de Guadalajara/ Universidad Iberoamericana/ Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1993.

Mendiola, Alfonso, “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, *Historia y Grafía*, núm. 15, 2000, pp.181-208.

Morin, Edgar, “La epistemología de la complejidad”, en *Gazeta de Antropología*, núm. 20, 2004, disponible en: <https://www.ugr.es/~pwlac/G20_02Edgar_Morin.html> (consultado el 6 de mayo de 2019).

Russel Hanson, Norwood, “Observación”, en León Olivé y Ana Rosa Pérez Ransanz (comps.), *Filosofía de la ciencia: teoría y observación*, México: Siglo XXI, 1989, pp. 216-252.